

Rachel Cusk

A contraluz

Traducción de Marta Alcaraz

Primera edición, 2016
Título original: *Outline*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © 2014 Rachel Cusk
All rights reserved

© de la traducción, Marta Alcaraz Burgueño, 2016
© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Fotografía de la autora: © Siemon Scammell-Katz
Ilustración de la cubierta: © cerenatalay/Jobalou/iStock

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.
Avió Plus Ultra, 23
08017 Barcelona
España
www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-16213-82-5
Depósito legal: B. 16.821-2016
Impreso por Reinbook, serveis gràfics S.L.
Impreso en España - Printed in Spain
Diseño de colección: Enric Jardí
Diseño de cubierta: Duró

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.



Antes del vuelo, estaba invitada a almorzar en un club de Londres con un multimillonario que, según me habían prometido, tenía credenciales progresistas. Con el cuello de la camisa desabrochado, se explayaba sobre el nuevo *software* que estaba desarrollando, gracias al cual las empresas iban a poder identificar a los empleados con mayor propensión a robarlas o a traicionarlas en un futuro. Lo que tendríamos que haber estado haciendo era hablar de la revista literaria que él quería publicar, pero, por desgracia, tuve que marcharme antes de que tocáramos el tema. Insistió en pagarme un taxi al aeropuerto, lo que me vino muy bien, porque iba con retraso y llevaba una maleta muy pesada.

El multimillonario había mostrado muchísimo interés en ofrecerme algunas pinceladas de su historia, de inicios poco halagüeños y un final en el que —obviamente— él era ese ricachón que hoy tenía sentado frente a mí al otro lado de la mesa. Me pregunté si, en realidad, lo que ahora querría sería convertirse en escritor y si la revista no sería una excusa para ello. Muchísima gente quiere dedicarse a escribir, y no hay razón alguna

para pensar que el dinero no puede abrir puertas. Ese hombre había pagado ya muchas veces para entrar y salir de donde se le antojaba. Mencionó un plan en el que estaba trabajando, un plan para erradicar a los abogados de la vida privada de la gente. También tenía entre manos el proyecto de un parque eólico flotante tan grande que pudiera alojar a toda la comunidad de empleados necesarios para mantenerlo y garantizar su funcionamiento; la gigantesca plataforma podría ubicarse en alta mar, así eliminaría las antiestéticas turbinas del tramo de costa donde confiaba en poder poner a prueba el proyecto y donde, por cierto, él tenía una casa. Los domingos tocaba la batería en una banda de rock; lo hacía para divertirse, nada más. Estaba esperando el hijo que hacía el undécimo; teniendo en cuenta que su mujer y él habían adoptado a unos cuatrillizos de Guatemala, la cosa ya no sonaba tan mal. Me costaba ir asimilando todo lo que me contaba. La camarera no dejaba de traernos cosas: ostras, salsas, vinos extraordinarios. Él se distraía fácilmente, igual que un niño con demasiados regalos de Navidad. Pero cuando me acompañó al taxi y esperó a que yo subiera, me dijo: «Que lo pases muy bien en Atenas», aunque yo no recordaba haberle dicho que era allí adonde me dirigía.

En la pista de Heathrow, un pasaje entero esperaba a que lo llevaran por los aires. La auxiliar de vuelo se paró en mitad del pasillo y se puso a acompañar la grabación con sus gestos y su atrezo. Amarrada a su asiento, la masa de desconocidos guardaba un silencio como el de los feligreses durante la lectura de la liturgia. La azafata nos enseñó el chaleco salvavidas con su tubito, las salidas de emergencia, la máscara de oxígeno que colgaba

de un trozo de goma transparente. Nos guio por la posibilidad de muerte y de desastre como el sacerdote guía a los fieles entre los pormenores del cielo y del purgatorio; y nadie saltó para tratar de escapar mientras aún estaba a tiempo. Lo que todos hicimos, en cambio, fue escuchar o escuchar a medias mientras pensábamos en otra cosa, como si esa combinación de ceremonia y hado funesto nos hubiera otorgado una firmeza especial. Cuando la voz grabada llegó a la parte de las máscaras de oxígeno, el silencio no se rompió: nadie protestó ni intervino para discrepar del mandamiento de no ocuparse de los demás hasta que cada uno se hubiera ocupado de sí mismo. Aunque yo no estaba muy segura de que ese mandamiento fuera del todo correcto.

A un lado tenía a un chico moreno que columpiaba las rodillas y cuyos gordos pulgares se movían a toda velocidad por la pantalla de una videoconsola. Al otro se sentaba un hombre bajito y muy moreno, con un traje de lino claro y, cual penacho, un mechón plateado. Afuera, la ampulosa tarde de verano seguía atrapada en la pista de despegue; pequeños vehículos correteaban sueltos por la llana lejanía patinando y girando y describiendo círculos, igual que juguetes, y más lejos todavía se veía el hilo de plata de la autopista que discurría y centelleaba como un arroyo delimitado por los monótonos campos. El avión empezó a moverse, a avanzar lentamente, y el paisaje, como si cobrara vida de repente, desfiló ante la ventanilla, primero despacio y luego más deprisa, hasta que con mucho trabajo, medio indeciso, el aparato se elevó separándose de la tierra. Hubo un momento durante el cual pareció imposible que aquello pudiera suceder. Pero sucedió.

El hombre que tenía a la derecha se volvió hacia mí y se interesó por el motivo de mi visita a Atenas. Le dije que era un viaje de trabajo.

—Espero que te alojes cerca del mar —me dijo—. En Atenas puede hacer mucho calor.

Me temía que ese no iba a ser mi caso, le contesté, y él enarcó las cejas plateadas, que le crecían de la frente sorpresivamente toscas y desordenadas, como hierbas en terreno rocoso. Fue esa excentricidad lo que me indujo a contestarle. Lo inesperado a veces parece una invitación del destino.

—Este año el calor se ha adelantado —dijo—. Por lo general, no hay que preocuparse hasta mucho más tarde. Si uno no está acostumbrado, puede resultar muy desagradable.

En la temblorosa cabina, las luces parpadeaban a intervalos irregulares; se oían puertas que se abrían y se cerraban de golpe y un ruido tremendo de cosas que entrechocaban, y la gente se revolvía en su asiento, charlaba, se levantaba. Una voz masculina hablaba por el intercomunicador; olía a comida y a café; las azafatas correteaban muy resueltas por el estrecho pasillo enmoquetado, arriba y abajo, y al pasar, sus medias de nailon hacían un ruido áspero.

Mi vecino me dijo que hacía ese viaje una o dos veces al mes. Antes tenía un apartamento en Londres, en Mayfair, «pero últimamente —dijo imprimiéndole a su boca un gesto práctico— prefiero quedarme en el Dorchester».

Hablaba un inglés refinado y formal que no parecía del todo natural, como si, en algún momento, se lo hubieran aplicado muy cuidadosamente con un pincel, como si fuera pintura. Le pregunté qué nacionalidad tenía.

—Me enviaron a un internado inglés a los siete años —respondió—. Podría decirse que tengo maneras de inglés pero corazón de griego. Por lo que me han comentado, al revés sería mucho peor —añadió.

Sus padres eran griegos, los dos, continuó, pero en un momento dado trasladaron a la familia entera —ellos, sus cuatro hijos, sus padres y una colección de tíos y tías— a Londres, donde adoptaron el comportamiento de la clase alta británica enviando a los cuatro chicos a un internado y creando un hogar que se convirtió en foro de contactos sociales provechosos y bajo cuyo umbral tenía lugar un desfile constante de aristócratas, políticos y máquinas de hacer dinero. Le pregunté cómo habían podido acceder a ese entorno que les era ajeno, y él se encogió de hombros.

—El dinero es un país en sí mismo —respondió—. Mis padres eran armadores; el negocio familiar era una empresa internacional, por mucho que hasta entonces hubiéramos vivido todos en la isleta en la que ellos habían nacido, una isla que, sin duda, no le sonará, a pesar de su prolijidad a algunos destinos turísticos muy célebres.

—Proximidad —dije yo—. Me parece que lo que quería decir era proximidad.

—Mis disculpas. Era proximidad, claro.

Pero hacía ya tiempo que sus padres, como todas las gentes acaudaladas, habían dejado atrás sus orígenes para moverse en un ambiente desprovisto de fronteras y habitado por otras personas ricas y distinguidas. Conservaron una mansión en la isla, por supuesto, que mantuvieron como sede doméstica mientras los niños fueron pequeños; pero cuando llegó la hora de enviarlos al co-

legio, se instalaron en Inglaterra, donde tenían muchos contactos, algunos no demasiado alejados del palacio de Buckingham, explicó con cierto orgullo.

La suya siempre había sido la familia más prominente de la isla: el matrimonio de sus padres había unido dos ramas de la aristocracia del lugar y, sobre todo, dos fortunas navieras. Pero la cultura de la isla tenía la peculiaridad de ser matriarcal. La autoridad no residía en los hombres, sino en las mujeres; la propiedad no se transmitía de padre a hijo, sino de madre a hija.

Las tensiones familiares resultantes, continuó mi vecino, eran el anverso de las que había encontrado a su llegada a Inglaterra. En el mundo de su infancia, un varón era un chasco; a él mismo, el último de una larga serie de chascos, lo habían tratado con una ambivalencia especial, pues su madre había querido creer que era una niña. Lo peinaban con largos tirabuzones, le ponían vestidos y lo llamaban por el nombre de niña que sus padres habían escogido con la esperanza de que se les fuera a conceder, por fin, una heredera. Aquella extraña situación, explicó mi vecino, tenía un origen antiquísimo. Desde los albores de su historia, la economía de la isla había girado en torno a la extracción de esponjas del lecho marino, y los jóvenes de la comunidad habían desarrollado la habilidad de bucear en el mar a grandes profundidades. Pero aquella era una ocupación peligrosa, y la esperanza de vida, por tanto, extraordinariamente baja. Así las cosas, como las muertes de los esposos se sucedían, las mujeres habían pasado a controlar la economía de la familia y, lo que es más, habían legado ese control a sus hijas.

—Cuesta mucho imaginar el mundo en la época de

mis padres —dijo mi vecino—, tan placentero en algunos sentidos y tan cruel en otros. Mis padres, por ejemplo, tuvieron un quinto hijo, también varón, que sufrió lesiones cerebrales durante el parto, y cuando se mudaron a Londres simplemente lo dejaron en la isla al cuidado de una serie de enfermeras cuyas referencias, me temo, en esa época y a esas distancias, nadie se preocupó en investigar con mucho detenimiento.

Su hermano aún seguía viviendo en la isla, convertido en un hombre mayor con mente de niño e incapaz, por supuesto, de contar su versión de la historia. Mi vecino y sus hermanos, por su parte, se internaron en las gélidas aguas de los colegios privados británicos y aprendieron a hablar como los niños ingleses. A mi vecino, con gran alivio por su parte, le cortaron los tirabuzones, y por primera vez en su vida experimentó la crueldad, que llegó acompañada de nuevas formas de desdicha: la soledad, la nostalgia, la añoranza de su padre y de su madre. Mi vecino rebuscó en el bolsillo de la pechera del traje y sacó una cartera de suave cuero negro de la que extrajo una agrietada fotografía en blanco y negro de sus padres: un hombre de porte rígidamente erguido, con una especie de levita ceñida abotonada hasta la garganta, a quien la intensa negrura del cabello peinado con raya, las cejas rectas y pobladas y un inmenso bigote le daban un aire de extraordinaria ferocidad; y a su lado, una mujer que no sonreía, de cara tan redonda, dura e inescrutable como la efigie de una moneda. La fotografía era de finales de los años treinta, dijo, de antes de que él hubiera nacido. Aquel, sin embargo, ya era un matrimonio infeliz, y la ferocidad del padre y la intransigencia de la madre no se quedaban en lo super-

ficial. La suya fue una tremenda batalla de egos en la que nadie logró nunca separar a los contendientes; eso solo lo logró, y muy brevemente, la muerte. Pero esa historia, dijo mi vecino con una ligera sonrisa, la dejaremos para otra ocasión.

Entretanto, la auxiliar de vuelo avanzaba lentamente por el pasillo mientras empujaba un carrito metálico del que iba extrayendo bandejas de plástico con comida y bebida. Llegó a nuestra fila: nos pasó las bandejas de plástico blanco y yo le ofrecí una al chico que tenía a mi izquierda, que, sin decir palabra, levantó el videojuego con las dos manos para que yo pudiera dejársela en la mesita que tenía abierta ante sí. El vecino de mi derecha y yo levantamos la tapa de la bandeja y liberamos la taza de plástico blanco que contenía para que la auxiliar de vuelo pudiera servirnos el té. Mi vecino empezó a hacerme preguntas, como si aquel fuera un comportamiento que hubiera aprendido a recordarse a sí mismo, y me asaltó la duda sobre quién le habría enseñado aquella lección, que mucha gente nunca logra aprender. Le dije que vivía en Londres; hacía muy poco que me había mudado de la casa en el campo en la que había vivido sola con mis hijos durante los últimos tres años, y donde, en el transcurso de los siete años anteriores, habíamos vivido todos con su padre. Había sido, en otras palabras, la casa familiar, y allí me había quedado yo, viendo cómo se convertía en la tumba de algo que ya no podía llamar categóricamente ni realidad ni ilusión.

Se hizo un silencio durante el cual nos bebimos el té y nos comimos las galletitas blandas como un bizcocho que lo acompañaban. Por las ventanas se veía una penumbra casi violeta. Los motores emitían un rugido

constante. El interior del avión también estaba en penumbra, atravesado por los rayos de las luces de lectura que teníamos sobre la cabeza. Desde el asiento contiguo, me costaba estudiar el rostro de mi vecino, que la oscuridad modulada por la luz había convertido en un paisaje de picos y grietas en cuyo centro, abriendo unos profundos barrancos de sombra a los lados que casi no me dejaban verle los ojos, se elevaba el extraordinario gancho de su nariz. Tenía los labios finos y la boca grande, con una ligera tendencia a quedar entreabierta; el espacio que mediaba entre la nariz y el labio superior era largo y carnoso, y se lo tocaba a menudo para que, incluso al sonreír, los dientes permanecieran ocultos. Era imposible, dije yo respondiendo a su pregunta, explicar por qué el matrimonio se había roto: el matrimonio es, entre otras cosas, un sistema de creencias, un relato, y aunque se manifiesta en cosas muy reales, sigue un impulso que, en última instancia, es un misterio. Al final, lo real era la pérdida de la casa, que se había convertido en el emplazamiento geográfico de todas las cosas que habían desaparecido y que representaba, suponía yo, la esperanza de que un día esas cosas pudieran regresar. Abandonar esa casa manifestaba, en cierto modo, que habíamos dejado de esperar; ya no podrían encontrarnos en el número de siempre, en la dirección de siempre. Mi hijo pequeño, le conté a mi vecino, tiene la irritante costumbre de marcharse al instante del lugar en el que has quedado en reunirte con él si ve que tú no has llegado antes. Lo que hace es ir a buscarte, y si no te encuentra, se impacienta y acaba perdiéndose. «¡No te encontraba!», grita más tarde, indefectiblemente ofendido. Pero si quieres encontrar algo, tu única esperanza

consiste en quedarte exactamente donde estás, en el lugar acordado. Solo es cuestión de cuánto puedes aguantar allí.

—Mi primer matrimonio —respondió mi vecino tras una pausa— acabó, pienso a menudo, por un motivo de lo más tonto. De niño, solía contemplar los carros de heno que volvían de los campos tan cargados que parecía un milagro que no terminaran volcando. Subían y bajaban entre sacudidas y se balanceaban de lado a lado de modo alarmante, pero, asombrosamente, nunca volcaban. Hasta que un día lo vi: el carro acostado sobre un lado, el heno desparramado por todas partes, la gente que corría y gritaba. Pregunté qué pasaba y un hombre me dijo que se habían topado con un bache en la carretera. Siempre recordaré —continuó mi vecino— lo inevitable y lo tonto que el suceso me había parecido. Y a mi primera mujer y a mí nos pasó lo mismo —añadió—. Nos topamos con un bache de la carretera y volcamos.

Había sido una relación feliz, de eso se daba cuenta ahora, la más armoniosa de su vida. Su mujer y él se habían conocido y se habían comprometido en la adolescencia; nunca se habían peleado, no hasta la pelea que lo rompió todo entre los dos. Tenían dos hijos, y él había amasado una fortuna considerable: una mansión a las afueras de Atenas, un apartamento en Londres, otro en Ginebra; caballos, vacaciones en la nieve y un yate de cuarenta pies amarrado en aguas del Egeo. Eran lo bastante jóvenes como para creer que ese principio de crecimiento iba a ser exponencial; que la vida era expansiva siempre, y que, en su necesidad de seguir expandiéndose, rompía los sucesivos recipientes en los que

tratabas de contenerla. Después de la pelea, reacio a irse de casa definitivamente, mi vecino se instaló en el yate que tenía amarrado. Era verano y el yate era un lujo; mi vecino podía nadar y pescar y recibir a sus amigos. Durante unas semanas, vivió en un estado de ilusión pura que, en realidad, era aturdimiento, como el aturdimiento que sigue a una herida antes de que el dolor asome abriéndose paso lenta pero implacablemente por entre la cerrada niebla analgésica. El tiempo empeoró; el yate se volvió frío e incómodo. El padre de su mujer lo convocó a una reunión en la que le pidió que renunciara a cualquier derecho sobre los bienes que el matrimonio tuviera en común, y él accedió. Creía que podía permitirse esa generosidad, que volvería a triunfar. Tenía treinta y seis años y aún sentía en las venas la potencia del crecimiento exponencial, la potencia de la vida que, tratando de romperla, forzaba esa vasija que la contenía. Podría volver a tenerlo todo, con la diferencia de que esta vez sí iba a querer lo que tuviera.

— Aunque he descubierto — dijo tocándose el carnoso labio superior — que eso es más difícil de lo que parece.

Las cosas no sucedieron como él había imaginado, por supuesto. El bache no solo había desestabilizado el matrimonio; lo había obligado a tomar un camino totalmente distinto, un camino que no era sino un largo rodeo que no iba a ninguna parte, un camino en el que él no pintaba nada y por el que, de vez en cuando, todavía hoy tenía la sensación de transitar. Como ese punto suelto que hace que el vestido entero se deshaga, costaba recomponer la cadena de hechos hasta remontarse al defecto original. Esos hechos, sin embargo, habían conformado buena parte de su vida adulta. Habían pa-

sado ya casi treinta años desde el final de su primer matrimonio, y cuanto más se alejaba de aquella vida, más real se le antojaba. O no, «real» no era la palabra exacta; lo que le había pasado desde entonces había sido muy real. La palabra que estaba buscando era «auténtica»: su primer matrimonio había tenido una autenticidad que ninguna otra cosa había vuelto a tener jamás. Cuanto mayor se hacía, más veía él en ese matrimonio una especie de hogar, un lugar al que anhelaba volver. Aunque cuando lo recordaba con franqueza y, más todavía, cuando hablaba con su primera esposa —algo que últimamente hacía muy raras veces—, la antigua sensación de asfixia regresaba. Y, al mismo tiempo, ahora le parecía que había vivido esa vida de un modo casi inconsciente, que se había perdido en ella, que se había quedado absorto en ella como uno puede quedarse absorto en un libro, absolutamente convencido de la veracidad de sus hechos y viviendo por completo a través de sus personajes, junto a ellos. Desde entonces, ya nunca había podido volver a quedarse absorto; ya nunca había vuelto a creer de aquel modo. Tal vez en aquello —en la pérdida de la capacidad de creer— radicara esa añoranza de su antigua vida. Por la razón que fuera, su mujer y él pudieron construir cosas que habían crecido, multiplicaron juntos la suma de lo que eran y de lo que tenían; la vida les había respondido generosamente, se había mostrado pródiga con ellos, y había sido precisamente eso —ahora lo comprendía— lo que le había dado la confianza para desbaratarlo todo, para desbaratarlo con lo que ahora le parecía una tranquilidad pasmosa, porque él estaba convencido de que siempre le llegaría más.

¿Más qué?, pregunté yo.

—Más... vida —dijo él abriendo las manos como para recibir algo—. Y más cariño —añadió tras una pausa—. Yo quería más cariño.

Volvió a guardar la fotografía de sus padres en la cartera. En las ventanillas se veía negro. En la cabina, la gente leía, dormía y hablaba. Un hombre con unos pantalones cortos muy anchos recorría el pasillo, arriba y abajo, cargando a un bebé que le apoyaba la cabeza en el hombro. El avión parecía acallado, casi inmóvil; la superficie de contacto entre el interior y el exterior era tan reducida, había tan poca fricción, que costaba creer que estuviéramos avanzando. Con la oscuridad absoluta de afuera, la luz eléctrica confería a la gente una apariencia muy corpórea y muy real, de detalle extraordinariamente directo, impersonal e infinito. Cada vez que el hombre del bebé pasaba, yo veía la red de pliegues de sus pantalones cortos, los brazos pecosos cubiertos de un pelaje rojizo e hirsuto, el montículo de piel pálida de la barriga, ahí donde se le había subido la camiseta, y los pies tiernos y arrugados del bebé que llevaba en brazos, su espaldita jorobada y la blanda cabeza, con el primitivo remolino de la coronilla.

Mi vecino se volvió hacia mí otra vez y me preguntó cuál era el trabajo que me llevaba a Atenas. Advertí por segunda vez el esfuerzo deliberado de su interés; era como si hubiera aprendido a recuperar los objetos que se le caían de las manos. Recuerdo a mis hijos de bebés, sentados en la trona y tirando cosas solo para verlas caer al suelo, actividad que les resultaba tan placentera como terribles eran sus consecuencias. Se quedaban mirando lo que hubiera caído —una galleta a medio comer

o una pelota de plástico—, cada vez más nerviosos ante la incapacidad de la cosa por regresar. Al final se echaban a llorar, y por lo general se encontraban con que el objeto en cuestión volvía a ellos por la vía del llanto. Siempre me sorprendía que su reacción a esa cadena de acontecimientos consistiera en repetirlos: en cuanto tenían el objeto en las manos, volvían a tirarlo inclinándose hacia delante para ver cómo caía. Su regocijo no disminuía nunca, y su angustia tampoco. Yo siempre esperaba que en un momento u otro se dieran cuenta de lo innecesario de su angustia y se decidieran a evitarla, pero nunca ocurría. El recuerdo del sufrimiento no surtía efecto alguno en su decisión: al contrario, los obligaba a repetirla, pues ese sufrimiento era la magia que obraba el regreso del objeto, lo que les permitía volver a experimentar el placer de tirarlo. Si la primera vez me hubiera negado a devolvérselo, supongo que habrían aprendido algo muy distinto, aunque no estaba demasiado segura de qué podría haber sido.

Le conté a mi vecino que era escritora y que pasaría un par de días en Atenas para dar un curso en una escuela de verano. El curso se titulaba «Cómo escribir»: iban a impartirlo varios escritores distintos, y como no existe una única manera de escribir, suponía que nuestros consejos a los estudiantes iban a contradecirse. Casi todos los alumnos eran griegos, aunque en ese curso iban a tener que escribir en inglés. La idea había suscitado dudas entre alguna gente, pero yo no le veía ningún problema. Podían escribir en el idioma que quisieran: a mí me daba igual. A veces, dije, con la pérdida de ese paso intermedio se ganaba inmediatez. Dar clase no era más que otra forma de ganarme la vida, continué.

Pero tenía un par de amigos en Atenas a los que tal vez viera durante mi estancia en la ciudad.

Escritora, dijo mi vecino inclinando la cabeza en un gesto que podía dar a entender tanto respeto por la profesión como un desconocimiento absoluto del tema. Al sentarme a su lado me había fijado en que leía un libro de Wilbur Smith muy usado: esto, me decía ahora, no representaba del todo sus gustos como lector, aunque lo cierto era que en materia de narrativa carecía de criterio alguno. A él le interesaban los libros que ofrecían información, hechos e interpretaciones de los hechos, y estaba seguro de que, en ese sentido, sus preferencias no eran tan burdas. Sabía reconocer una prosa elegante; uno de sus escritores favoritos, por ejemplo, era John Julius Norwich. Pero cuando de ficción se trataba, debía admitir su ignorancia. Sacó la novela de Wilbur Smith del bolsillo del asiento, donde seguía, y la sumergió en el maletín que tenía a los pies para que desapareciera de la vista, como si quisiera renegar del libro, o convencido, tal vez, de que yo olvidaría haberlo visto. Pero resultaba que a mí ya no me interesaba la literatura como forma de esnobismo, ni siquiera como forma de autodefinición; no tenía ningunas ganas de demostrar que un libro era mejor que otro: de hecho, cuando leía algo que despertaba mi admiración, me sentía cada vez menos inclinada a comentarlo. Lo que la experiencia propia me dictaba como cierto parecía no guardar ya relación alguna con el proceso de convencer a los demás. Yo ya no quería convencer a nadie de nada.

—Mi segunda mujer —dijo en aquel momento mi vecino— no había leído un libro en su vida.

Era una completa ignorante, continuó, carecía de las

nociones más básicas de geografía e historia, y con las visitas era capaz de hacer las afirmaciones más lamentables sin sentir la menor vergüenza. Al contrario, cuando la gente hablaba de cosas que ella desconocía se ponía furiosa: cuando un amigo de Venezuela fue a verlos, por ejemplo, ella se había negado a admitir la existencia del país porque no le sonaba de nada. Era inglesa, y de una belleza tan exquisita que resultaba muy difícil no suponerle algún refinamiento interior; pero aunque su naturaleza sí guardaba algunas sorpresas, estas no resultaban particularmente agradables. Mi vecino solía invitar a los padres de ella a su casa, como si estudiándolos fuera a poder descifrar el misterio de su hija. Viajaban a la isla, donde él todavía conservaba la casa solariega, y pasaban allí varias semanas. Nunca había conocido a personas tan extraordinariamente insulsas, tan anodinas: aunque se esforzara hasta el agotamiento tratando de estimularlos, ellos permanecían imperturbables como un par de floreros. Al final les cogió cariño; sobre todo al padre, cuya desmedida reticencia era tan intensa que mi vecino acabó convencido de que se debería a alguna dolencia física. Ver a alguien a quien la vida había lastimado tanto era conmovedor. De joven él no habría reparado en el hombre, sin duda, y mucho menos se habría parado a pensar en las causas de su silencio; y así, reconociendo el sufrimiento de su suegro, mi vecino empezó a reconocer el suyo propio. Sonará banal, pero casi podría decirse que, al reconocerlo, sintió que su vida entera daba un vuelco: la historia de su obstinación se le aparecía ahora, merced a una simple revolución de perspectiva, como un viaje moral. Se había dado la vuelta, como el escalador que ya no está metido de lleno

en la ascensión y se vuelve a mirar montaña abajo para revisar el trecho que ya ha recorrido.

Tiempo atrás —tanto que había olvidado el nombre del autor—, mi vecino había leído en un cuento unas líneas memorables sobre un hombre que intenta traducir el cuento de otro autor más famoso que él. En esas líneas —que a día de hoy todavía recordaba, me dijo—, el traductor afirmaba que, cuando viene al mundo, una frase no es buena ni mala, y que para determinar su carácter basta con unos ajustes sutilísimos, un proceso de intuición en el que la exageración y la fuerza resultan fatales. Esas líneas se referían al arte de escribir, pero echando un vistazo a su alrededor en su incipiente mediana edad, mi vecino había empezado a darse cuenta de que también podían aplicarse al arte de vivir. Allá adonde mirara veía a personas echadas a perder por lo extremo de su propia experiencia, como quien dice, y sus nuevos suegros parecían un buen ejemplo de ello. En cualquier caso, lo que estaba claro es que su hija lo había tomado por un hombre más rico de lo que era: el fatídico yate en el que se había ocultado en sus días de fugitivo conyugal, que era el único bien que le quedaba de aquellos tiempos, la había atraído. Su hambre de lujo era tremenda, y él se había puesto a trabajar como nunca lo había hecho, ciega y fanáticamente, pasando el día entero en reuniones y en aviones, haciendo negocios y cerrando tratos, asumiendo riesgos cada vez mayores para poder darle a su mujer esas riquezas que ella había dado por descontadas. En realidad, estaba fabricando una ilusión: por mucho que hiciera, no lograría salvar jamás la distancia entre la ilusión y la realidad. Y, poco a poco —dijo—, esa distancia entre cómo eran las

cosas y cómo quería yo que fueran empezó a minarme. Sentía que me vaciaba, como si hasta entonces hubiera estado viviendo de reservas acumuladas durante años que hubieran ido agotándose poco a poco.

Fue entonces cuando la decencia de su primera mujer, la salud y la prosperidad de su vida familiar en común y la profundidad del pasado que habían compartido empezaron a atormentarlo. Tras una temporada de infelicidad, su primera mujer había vuelto a casarse: después del divorcio, había desarrollado una fijación por el esquí, iba al norte de Europa y a la nieve siempre que podía, y no pasó mucho tiempo antes de que se declarara casada con un monitor de Lech que, decía ella, le había devuelto la confianza. A día de hoy, admitió mi vecino, ese matrimonio seguía intacto. Pero en sus comienzos, él había ido advirtiendo su equivocación y se había empeñado en retomar el contacto con su mujer, me contó, aunque no quiso aclararme demasiado cuáles habían sido sus intenciones. Sus dos hijos, un niño y una niña, todavía eran pequeños: a fin de cuentas, seguir en contacto era lo sensato. Recordaba muy vagamente que en el periodo inmediato a su separación había sido ella quien siempre había tratado de ponerse en contacto con él; y también recordaba haber evitado sus llamadas, centrado como estaba en ir detrás de la mujer que ahora era su segunda esposa. Siempre andaba ocupado, inmerso en un nuevo mundo en el que su primera mujer apenas si existía, en el que no era más que una ridícula figura de cartón cuyas acciones —se convencía él y convencía también a los demás— eran las de una loca. Pero ahora la que estaba ilocalizable era ella: se precipitaba por las frías y blancas laderas de las montañas de Arl-

berg, donde él no existía para ella, como ella no había existido para él. No le respondía las llamadas, o se las respondía mostrándose cortante y distraída y diciéndole que tenía que dejarle. No podía dirigirse a ella esperando que lo reconociera, y eso era lo que más lo descolocaba, porque hacía que se sintiera completamente irreal. Su identidad se la había formado con ella, a fin de cuentas: si ella ya no lo reconocía, ¿quién era él, entonces?

Lo raro del asunto, añadió mi vecino, es que incluso ahora que su primera mujer y él se comunican de forma más regular, con todos esos hechos ya en un pasado lejano, basta con que ella le hable durante un minuto para que él se ponga de mal humor. Y él no dudaba de que si en esos días en los que él creyó haber cambiado de opinión ella hubiera bajado a toda prisa de las montañas, lo habría acabado irritando tanto que se habrían visto reviviendo otra vez la muerte de aquella relación. Lo que han hecho, en cambio, ha sido envejecer a distancia: cuando él habla con ella imagina muy claramente la vida que habrían llevado, la que estarían compartiendo. Es como pasar delante de una casa en la que has vivido: ver que sigue existiendo, tan sólida, hace que todo lo que ha pasado desde entonces parezca, en cierto modo, insustancial. Sin estructura, los hechos son irreales: la realidad de su mujer, como la realidad de la casa, era estructural, determinante. Tenía sus limitaciones, con las que mi vecino se topa cada vez que oye la voz de su mujer al teléfono, pero, aun con todo, la vida sin limitaciones ha sido agotadora, ha sido una larga historia de gasto, real y también emocional, casi como treinta años viviendo de hotel en hotel. Esa sensación de falta

de permanencia, de falta de un hogar, es el precio que él ha pagado. No ha hecho sino gastar para poder librarse de esa sensación, para poner un techo sobre su cabeza. Y siempre ve su hogar —ve a su mujer— de lejos, en el mismo sitio. No han cambiado nada, en esencia, pero ahora son propiedad de otros.

Le dije que su relato le daba la razón, porque a la segunda mujer no podía verla con la nitidez que veía a la primera. En realidad, no acababa de creérmela del todo. Él la presentaba como una villana todoterreno, pero ¿qué mal había hecho, en realidad? No se las había dado nunca de intelectual, al contrario que mi vecino, que había fingido ser rico, y puesto que se la había valorado exclusivamente en función de su belleza, era lógico —hasta razonable y todo, dirían algunos— que ella quisiera ponerle un precio. Y por lo que a Venezuela respectaba, ¿quién era él para decidir lo que alguien tenía que saber o no? Había muchísimas cosas que él no sabía, de eso estaba segura y, para él, lo que ignoraba existía tan poco como Venezuela para su guapísima esposa. Mi vecino frunció tanto el ceño que a ambos lados de la barbilla se le dibujaron unos surcos como de payaso.

—Admito —dijo tras una larga pausa— que en eso puede que me falte objetividad.

Lo cierto era que no podía perdonarle a su segunda mujer el trato que les había dispensado a sus hijos, que pasaban las vacaciones escolares con ellos, casi siempre en la casa solariega de la isla. Ella estaba especialmente celosa del mayor, el chico, a quien se lo criticaba todo. El celo con el que lo vigilaba era extraordinario, y lo tenía siempre trabajando en la casa, culpándolo del

menor indicio de desorden e insistiendo en el derecho que la asistía para castigarlo por unas faltas que solo a ella le parecían tales. Un día, mi vecino volvió a casa y se encontró con que el niño estaba encerrado en los inmensos sótanos que, como catacumbas, discurrían bajo el edificio, un lugar oscuro y siniestro, como poco, donde, de pequeño, a mi vecino le daba miedo entrar. Tumbado de lado en el suelo y temblando, el niño le dijo a su padre que lo habían castigado allí por no haber recogido el plato de la mesa. Era como si para su mujer, el niño representara todo lo que a ella le pesaba de su papel de esposa, como si fuera la encarnación de alguna injusticia por la que se sentía atenazada. Y también era la prueba de que, por lo que a su marido respectaba, ella no había sido la primera y nunca lo sería.

Mi vecino no había podido comprender jamás esa necesidad de primacía de su mujer. A fin de cuentas, él no tenía la culpa de haber vivido otra vida antes de conocerla; pero ella parecía cada vez más entregada a la destrucción de esa historia y de esos niños que constituían su prueba imborrable. Para entonces los dos tenían ya un hijo en común, pero lejos de suavizar la situación, aquello solo había servido para avivar los celos. Su mujer lo acusaba de no querer a su hijo tanto como a los otros dos, los mayores; vigilaba constantemente a mi vecino en busca de pruebas de esa preferencia, y lo cierto era que ella trataba al hijo de los dos con un favoritismo descarado, pero también se enfadaba con él a menudo, como si creyera que un niño distinto podría haberle hecho ganar la batalla. Y, de hecho, cuando todo terminó, ella acabó abandonando a su hijo, más o menos. Estaban pasando el verano en la isla y los padres

de su mujer —los floreros— los acompañaban. Mi vecino nunca les había tenido tanto cariño como entonces, pues en su falta de sustancia veía él, muy comprensivo, la prueba del temperamento ciclónico de su hija. Eran como un terreno constantemente azotado por los tornados; vivían en un estado de semidestrucción permanente. A la mujer de mi vecino se le metió en la cabeza que quería volver a Atenas: se aburría en la isla, supuso él; es probable que hubiera fiestas a las que le apeteciera ir y cosas que quisiera hacer; se había cansado de pasar todos los veranos allí, en el mausoleo familiar; y además, como sus padres tenían que regresar a Atenas en breve para coger un avión, podían volver todos juntos, le dijo ella, y dejar a los niños mayores en la isla a cargo del ama de llaves. Mi vecino respondió que no podía ir a Atenas: no podía separarse de sus hijos bajo ningún concepto, tenían que pasar con él otras dos o tres semanas más. ¿Cómo iba a abandonarlos cuando esos eran los únicos momentos que pasaba con ellos? Si no los acompañaba a Atenas, le dijo su mujer a mi vecino, podía dar ese matrimonio por muerto.

Aquel era, pues, el auténtico combate: por fin le pedía que escogiera, y él, por supuesto, estaba convencido de que no tenía elección. El asunto le parecía una soberana tontería, y a continuación tuvo lugar una pelea terrible a cuyo término su mujer, el hijo de ambos y los padres de ella se subieron en un barco y volvieron a Atenas. Antes de marcharse, su suegro hizo una incursión en la comunicación verbal, algo muy raro en él. Lo que le dijo fue que entendía su punto de vista. Aquello fue lo último que mi vecino supo de sus suegros, y de su mujer tampoco supo mucho más: regresó con sus pa-

dres a Inglaterra y desde allí se divorció de él. Contrató a un abogado muy bueno, y por segunda vez en la vida mi vecino volvió a verse prácticamente arruinado. Vendió el yate y se compró una lancha motora, reflejo más fiel de su situación económica. El hijo de los dos, sin embargo, regresó como llevado por la corriente cuando su madre, después de haberse buscado a un aristócrata inglés de fortuna demostrablemente enorme, volvió a casarse y descubrió que el niño estorbaba tanto en su segundo matrimonio como los hijos de mi vecino habían estorbado en el primero. Ese último detalle daba fe, si no de la integridad de su exmujer, sí, al menos, de su coherencia.

En un naufragio se pierden muchísimas cosas. Lo que queda son fragmentos, y si no te agarras bien a ellos, el mar te lleva a ti también. Sin embargo, añadió mi vecino, todavía creo en el amor. El amor lo cura casi todo, y cuando no puede curar, borra el dolor. Tú, por ejemplo, me dijo mi vecino, ahora estás triste, pero si estuvieras enamorada, la tristeza desaparecería. Allí sentada, me acordé otra vez de mis hijos en la trona y de su descubrimiento: la angustia hacía que la pelota regresara por arte de magia.

En ese instante, el avión, descendiendo en la oscuridad, dio su primer bandazo. Se oyó una voz que hablaba por el intercomunicador; la auxiliar de vuelo se puso a seguir a los pasajeros, arriba y abajo, enviándolos de vuelta a sus asientos. Mi vecino me pidió mi número de teléfono: a lo mejor podíamos cenar juntos algún día durante mi estancia en Atenas.

La historia de su segundo matrimonio seguía sin satisfacerme. Le faltaba objetividad; se basaba demasiado en

extremos y, a menudo, las propiedades morales que asignaba a esos extremos eran incorrectas. Sentir celos de un niño no tenía nada de malo, aunque sin duda resultaba muy doloroso para todos los implicados. Desconfiaba de algunos hechos clave, como, por ejemplo, del encierro del hijo en el sótano a manos de su mujer, y tampoco acababa de creermelo del todo lo de su belleza, que volvía a utilizar con fines indebidos. Si sentir celos no tenía nada de malo, tampoco lo tenía ser bello: lo que estaba mal, por decirlo de algún modo, era que el narrador se hubiera agenciado esa belleza con engaños. La realidad podría describirse como el eterno equilibrio entre positivo y negativo, pero en esa historia los dos polos se habían dissociado y se les habían asignado identidades distintas y enfrentadas. El relato de él siempre ofrecía una buena imagen de unas personas determinadas —el narrador y sus hijos—, mientras que a la mujer solo se la mencionaba cuando le correspondía condenarse todavía más. Los arteros intentos del narrador por ponerse en contacto con su primera mujer, por ejemplo, se presentaban bajo una luz positiva y empática, mientras que la inseguridad de su segunda mujer —que, como sabemos ahora, no era infundada— se trataba como un crimen incomprensible. La única excepción era el cariño del narrador por esos suegros tan aburridos por los que su hija pasaba como un tornado, nota agri dulce en la que lo positivo y lo negativo recuperaban el equilibrio. Pero, por lo demás, era una historia en la que, intuía yo, la verdad se había sacrificado en aras de las ansias de victoria del narrador.

Mi vecino se echó a reír y dijo que era probable que llevara razón. Mis padres se pasaron la vida entera pe-

leando, dijo, y ninguno de los dos ganó jamás. Pero ninguno huyó, tampoco. Los que han huido son los hijos. Mi hermano se ha casado cinco veces, continuó mi vecino, y el día de Navidad lo pasa solo en su apartamento de Zúrich, contando su dinero y comiendo un sándwich de queso. Dime la verdad, le dije: ¿es cierto que tu mujer encerró a tu hijo en el sótano? Mi vecino asintió con la cabeza.

—Ella siempre lo negó —respondió—. Aseguraba que Takis se había encerrado él solo para meterla en líos.

Lo que sí admito, continuó mi vecino, es que su exigencia de que la acompañara a Atenas no era un despropósito. No me lo había contado todo; en realidad, la madre de su mujer se había puesto enferma. No era nada serio, pero tenían que ingresarla en un hospital de la Grecia continental, y su mujer no hablaba un griego demasiado bueno. Aun así, él creía que entre su mujer y su padre se las podrían apañar. El comentario de despedida de su suegro, entonces, parecía más ambivalente que en la primera versión. Ya nos habíamos abrochado los cinturones, como nos había pedido la voz del comunicador, y mientras descendíamos entre balanceos y temblores vi un enorme bosque de luces que subía y bajaba misteriosamente en la oscuridad.

En aquella época siempre andaba preocupado por mis hijos, me dijo mi vecino. No era capaz de pensar en mis necesidades ni en las de mi mujer; estaba convencido de que ellos me necesitaban más. Sus palabras me trajeron a la memoria las máscaras de oxígeno, que en el transcurso de las últimas horas no habían hecho acto de presencia, obviamente. Por una especie de cinismo mutuo, comenté, nos facilitaban las máscaras con la

condición tácita de que no fuéramos a necesitarlas nunca. Mi vecino comentó que aquello también podía decirse de muchos aspectos de la vida, aunque basar las expectativas personales en leyes de probabilidad no era demasiado recomendable.